

—Sí, Santo Padre.

—¿Y es feliz?

—Hasta donde alcanza la felicidad humana, Santo Padre.

—Dad siempre gracias á Dios por ese gran beneficio, agregó Su Santidad.

En seguida nos bendijo, nos dio á besar el anillo, y ya salíamos, cuando mi esposa retrocedió y, con la tenacidad de las mujeres, volvió á ponerse de rodillas con mi hermana, y en esa actitud pidió á Su Santidad una bendición especial.

Entonces el Pontífice, con indescriptibles bondad y mansedumbre, bajó de la plataforma en que reposaba su sillón, elevó los ojos al Cielo, recitó unas preces en latín, nos bendijo de nuevo, entregó su mano sagrada para que le besáramos el anillo, y nos despidió con una sonrisa é inclinación de cabeza propias de un Soberano.

De la estancia de Su Santidad fuimos al departamento de Su Eminencia el Cardenal Secretario de Estado, Merry del Val, á quien presentámos nuestros respetos y condolencias por los atentados de que fue víctima en días pasados. Nos recibió con señaladas atenciones como á colombianos, se manifestó muy complacido por la actitud del General Reyes, y nos confirmó en todo los generosos sentimientos de Su Santidad respecto de nuestro país.

JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE

Octubre de 1908.

NUESTRAS FIESTAS

Empezaremos la crónica del presente mes, con el discurso que el Sr. Convictor D. José María de la Vega dirigió al Sr. Vicerrector el día de su cumpleaños, discurso de que ya hizo mención, en el número pasado, Escobar Roa, nuestro compañero de crónicas:

Señor Vicerrector:

Una designación, tan inexplicable como honrosa, hace que os dirija, á nombre del Claustro y en el mío propio, estas sinceras frases de congratulación en vuestro cumpleaños; y siendo más esas frases, bien puedo excusarme de decir que serán insignificantes.

La costumbre había establecido hasta ahora que uno de vuestros más antiguos y aventajados discípulos cumpliera este honroso deber de afecto y gratitud; pero hoy se ha escogido precisamente entre ellos al más reciente y al menos digno. No extrañéis, señor, esta inconsecuencia, que ella tiene su explicación: se ha considerado tal vez que si he sido uno de los últimos en haberos conocido, he sido también de los primeros en saberos admirar.

Yo no sé hasta dónde pueda un discípulo encomiar al maestro de indiscutibles merecimientos, mas es lo cierto que en ocasiones las flores que uno riega á los pies del superior se convierten en espinas para quien hizo la ofrenda; porque se desconfía con frecuencia de la imparcialidad del alumno para con el maestro como de la del hijo para con el padre. ¿Como si no fuera el hijo el único que sabe de esas luchas secretas y esos dolores mudos y esos triunfos íntimos que subliman la vida de su padre! Sin embargo, estoy seguro de que mis condiscípulos, que son mis hermanos, comprenden bien lo que significan las palabras de encomio y reconocimiento que, como en este caso, brotan de los labios filiales para caer, cual una lluvia de rosas, sobre la inmaculada frente paternal.

En cuanto á mí, confieso que mi alma rebosa de legítimo orgullo y de complacencia sin límites, porque he venido á cumplir una misión que me honra en demasía. Y es que mientras mejor comprende uno que no merece el honor que se le discierne, más pronto está á valorarlo. Cuando son débiles los hombros se aprecia mejor el peso de la carga.

Esta espontánea manifestación que todos los años se os rinde no es sino el testimonio incuestionable de que vos gozáis no sólo del respeto, sino del amor, y no sólo del amor, sino de la admiración de vuestros discípulos: triple sentimiento que apenas pueden inspirar los maestros verdaderos; los maestros que á la virtud de la justicia adunan la bondad y la sabiduría.

Aceptad, señor, el presente con que los estudiantes y superiores del claustro desean significaros lo que acabo de decir; presente, tan pequeño por lo que en sí constituye, como enorme por el símbolo que encierra.

*
*
*

Nuestra fiesta de *La Bordadita* siempre ha sido muy solemne, muy bella, muy aristocrática; pero en este año nos resultó grandiosa é imponente como nunca. Como si la Virgen se hubiera esmerado para ayudarnos á que todo nos resultara á la medida del deseo.

Nos preparamos con los tres días del retiro reglamentario. ¡ Pero qué recogimiento el de todos ! ¡ Qué silencio ! Nos predicaba el Sr. Rector por la mañana y la noche; y aunque sus enseñanzas y su voz y su manera nos son familiares, en esta ocasión se nos figuraron tan nuevas ! El Sr. Vicerrector nos hablaba por la tarde, y muchas cosas buenas y bien dichas aprendimos de su boca. A medio día nos dio instrucciones el R. P. González, de la Compañía de Jesús. Hay particular agrado en oír de boca de sacerdotes que no viven en el Colegio, que no nos conocen íntimamente, las mismas doctrinas que nuestros superiores nos enseñan. Resalta entonces la unidad de la doctrina católica, y nadie se cree aludido personalmente, y la verdad cala más hondo todavía. Agradecemos en especial al Padre lo que nos dijo en elogio de nuestro escudo: el de los Guzmanes, el de Santo Domingo, el que adornó el pecho de Santo Tomás, el que llevaron—añadió el Padre González—tantos ilustres hijos de este Colegio, y que son honra de Colombia.

La fiesta se celebró el domingo 11 de Octubre. A las siete, la misa de la comunión, que dijo el Ilmo. Sr. Nacianceno Hoyos. No lo habíamos visto de cerca. En el desfile de los Obispos del Palacio Arzobispal á la Basílica el día del Jubileo de Pío X, nos llamó la atención su noble y simpática figura. Después los condiscípulos, oriundos del que fue Departamento de Antioquia, nos han contado quiénes es el Padre Hoyos, como ellos lo llaman.

Hace veintiocho años lo destinaron, recién ordenado, á ser cura de una aldea que se llamaba Manizales, con unas pocas casas, y 4,000 ó 5,000 habitantes.

El nuevo presbítero era un santo y un patriota, enamorado del progreso moral y del adelanto material. Se halló con un pueblo vigoroso, emprendedor, dotado de espíritu público en alto grado, y que entendió á su párroco y lo supo querer, y le rindió obediencia.

Y Manizales es hoy una ciudad de 30,000 á 40,000 habitantes, alumbrada por electricidad, con abundantes aguas, buenas calles, numerosas escuelas, excelentes colegios, sede de un Obispo, capital del Departamento más próspero de Colombia. El Sr. Hoyos sostiene que él no tiene parte en nada de eso; los manizaleños afirman que todo es obra del que fue su cura. Creemos que ha sido la resultante de un párroco de primer orden, secundado por un pueblo digno de su pastor.

Se propuso levantar una iglesia suntuosa. La alzó de ladrillo, grande y bella como una basílica; y vino un terremoto y la derrumbó hasta los cimientos. Hizo entonces lo que las abejas cuando les roban el panal: volvió á empezar, pero sin otros materiales que hierro y madera. Y terminó, y esa iglesia es hoy su vasta y linda catedral.

La Santa Sede erigió á Manizales en Diócesis y eligió para Obispo al Padre Hoyos. Y él ha seguido siendo el Cura de Manizales, Cura con pectoral y anillo de amatista, pero tan padre, tan accesible, tan de todos como antes.

Se le veía la satisfacción de verse entre los estudiantes; de dar la comunión á 200 jóvenes fervorosos que mañana serán árbitros de la Nación; y le oímos, al salir de la Capilla, expresar su júbilo en los términos más expresivos y calurosos.

*
*
*

Las campanitas, roncadas y rajadas, de la Capilla repicaban sin cesar; los Sres. Rector y Vicerrector estaban en la puerta, abierta de par en par; é iban entrando los invita-

dos: lo más granado, lo más ilustre de la capital de la República. Los Sres. Obispos de Santamarta y Riohacha, con sus trajes carmelitas y su luenga barba: son misioneros capuchinos, milagros vivos de abnegación, caridad y penitencia; el Ilmo. Sr. Perea, Obispo de Pasto, huésped inolvidable de Bogotá y de Tunja. Entra un anciano, fresco el rostro, plateada la cabeza, con ribetes morados en el vestido. Es Monseñor Guiot, Vicario de San Martín, religioso francés, que viene á llevar voluntariamente, por amor de Dios, en Colombia la vida que llevan muchos culpados por castigo.

Y va ingresando la selecta concurrencia: sacerdotes, religiosos, ministros de Estado, magistrados, altos funcionarios, literatos, sabios, comerciantes; y lo viejos alumnos; y los amigos del claustro. Allí no hay diferencias, no hay odiosas denominaciones de partido. Todos son cristianos, todos patriotas, todos hijos ó amigos del Instituto de Fray Cristóbal de Torres.

El altar está resplandeciente de luces; á la derecha se está revistiendo de pontifical el Sr. Arzobispo de Bogotá, siempre tan bueno con nosotros; el celebrante de la misa es el Sr. Canónigo Dr. Leonidas Medina, uno de los amigos predilectos del Sr. Rector. En el coro va á cantarse la gran *Misa jubilar* del sacerdote bogotano Dr. Carlos Umaña. Lo que es esa misa se lo dirá á los lectores de la REVISTA, en algún número futuro, nuestro condiscípulo José María Prado, digno de comprenderla y juzgarla. El Dr. Umaña quiso que se cantara por segunda vez para la fiesta de La Bordadita, y se tomó el trabajo de ensayarla y de acompañarla, como sólo él sabe hacerlo, en el órgano. La ejecutan los profesores y discípulos de la Academia Beethoven, por generosa oferta de su Director el Maestro Santos Cifuentes, y los alumnos del Seminario, y los sopranos de la Escuela Apostólica, dirigida por los Hermanos Cristianos. Todos vienen espontáneamente, todos por cariño al Colegio, por devoción á la Virgen. Al ofertorio se oye el

Avemaria de Gounod, cantada por el tenor Luis Petrelli, acompañado por el violín de José María Prado.

Después del Evangelio, sube al púlpito el R. P. Daniel Restrepo, S. J. Ya en otra ocasión dijimos quién es este jesuita eminente, alumno que fue del Colegio del Rosario. El pasó del claustro dedicado á María á la Compañía de Jesús: Tránsito natural: *ad Jesum per Mariam*, dijo un egregio Doctor de la Iglesia. La breve oración del P. Restrepo, bien pensada, dicha en irreprochable prosa castellana y declamada superiormente, versó sobre la sabiduría cristiana, de que María es Sede inmortal. Alguno, al salir de la iglesia, exclamó: ¡Se pintó á sí mismo sin quererlo en el retrato que hizo del que teme á Dios y le ama!

A fines de Octubre tendremos aún cuatro fiestas más. De ellas se hablará en el primer número del año venidero.

J. B. R.

Octubre 15 de 1908.

DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Respetable Claustro: Señores:

Hace todavía muy poco tiempo asistía yo á estos actos como estudiante del Colegio, y sentado en uno de esos bancos que hoy ocupáis vosotros, señores alumnos, esperaba con ansiedad el momento en que se pronunciara mi nombre en la lista de los premiados para apresurarme á recibir, en el colmo de la alegría, la medalla ó el libro que me sirviera delante de mis padres para atestiguar mis esfuerzos. ¡Cuánta felicidad si mi esperanza no era frustrada! ¡Qué desencanto, algo infantil pero muy cierto, si veía desvanecidas mis ilusiones al fin de la premiación! Por fortuna, el testimonio de mi propia conciencia me tranquilizaba; solía pensar que el solo hecho de pertenecer á este